

## RIVA AGÜERO CONTRA EL MODERNISMO\*

Luis Loayza

Refiriéndose a los juicios críticos demasiado indulgentes de Ricardo Palma sobre la generación romántica peruana, Riva Agüero enumera en el *Carácter* . . los autores que, a su juicio, son los más valiosos de nuestra literatura republicana:

Literatos de fama americana y española, comparables con Olmedo y Pardo, de *primera línea*, [ la generación romántica ] no produjo sino dos: el propio Palma y Luis Benjamín Cisneros. En puesto inferior pero honroso, deben colocarse otros dos poetas: Carlos Augusto Salaverry y Pedro Paz Soldán, conocido con el pseudónimo de *Juan de Arona*. Los restantes, dígame lo que se quiera, no pasan de una modesta medianía; y aún a los más nombrados de ellos entre sus contemporáneos, no se les puede leer hoy sin experimentar decepción y fatiga. [84]

Probablemente el joven Riva Agüero hubiera aceptado que a los nombres citados se añadiese el de Manuel González Prada, el mejor escritor de la generación posterior a los románticos, por quien sentía estimación literaria aunque censurase sus ideas políticas. En todo caso, el cuadro de honor de la literatura peruana que proponía debió resultar aceptable, con alguna que otra discrepancia, para la gran mayoría de sus contemporáneos. Riva Agüero no fue nunca uno de esos iconoclastas que comienzan su carrera proponiendo una revisión radical de los valores aceptados. Nadie sino un patriota exaltado o un ignorante podía negar que la mayoría de los escritores de nuestro siglo diecinueve “no pasan de una modesta medianía”. Entre los mejores, Riva Agüero prefería Olmedo a Melgar y Pardo a Segura, demostrando así una coherencia que no sólo es ideológica, como se ha señalado muchas veces, sino también estética: en ambos casos pone de relieve las mismas virtudes, el rigor —caso bastaría decir: la corrección— y cierto tono neoclásico. Sin embargo en el *Carácter* . . no demuestra gran entusiasmo por ninguno de los autores mencionados, con excepción de un nítido elogio dedicado a Olmedo: “Un verdadero, un gran poeta

\* Estas páginas forman parte de un trabajo más extenso sobre Riva Agüero como crítico literario y se refieren exclusivamente al *Carácter* . . Cito por la primera edición: José de la Riva Agüero, *Carácter de la literatura del Perú independiente*, Tesis para el bachillerato de Letras, Librería Francesa Científica Galland, E. Rosay editor, Lima 1905.

cuyos versos, a pesar de las variaciones de las modas literarias, conservan hoy mismo juventud fresca y lozana” [23]. No es raro que le guste también otro poeta ecuatoriano vinculado al Perú, Numa Pompilio Llona, que fue el continuador de Olmedo, ni que celebre al maestro de ambos, el español Quintana: “De las manos de Quintana y Gallego nació una poesía inspirada sin dejar de ser correcta; española, a la vez que filosófica y humana; apasionada y majestuosa. . .” [ 27 ]. Esto basta para darnos una idea de lo que era la poesía para el joven Riva Agüero, de la misma manera que su defensa de Castelar ante los ataques de González Prada (curioso que el defensor de Castelar tuviera veinte años y el crítico más de cincuenta) revela su inclinación por la oratoria: “Castelar será florido, sentimental, voluble, poco razonador, cuanto se quiera; pero nada de esto quita que sea el primer orador español, de grandilocuencia, pompa y armonía incomparable. . .” [196]. La afición por Olmedo, Quintana y Castelar es un claro indicio del temperamento crítico de Riva Agüero al escribir el *Carácter*. . . , y aún más el que aduzca, como cualidades dignas de elogio, la grandilocuencia y la pompa: no lo hubieran hecho otros jóvenes de gustos menos conservadores, como su amigo Ventura García Calderón.

La inclinación arcaizante de Riva Agüero se confirma en sus críticas a las nuevas tendencias que surgían en el Perú a comienzos de siglo. Cree Riva Agüero que la literatura peruana, al igual que las demás literaturas latinoamericanas, debe ser necesariamente imitativa pero considera que se imita demasiado a los modelos franceses. Reconoce su propia deuda con ellos pero, a diferencia de sus compañeros, los hermanos García Calderón, es claro que no siente por Francia una simpatía muy grande ni muy profunda; de otra parte, no le interesa tanto la literatura francesa propiamente dicha cuanto la filosofía, la crítica, las “ideas”; le irrita que la mayoría de sus contemporáneos, la turba de jovencitos *rastacueros* (el galicismo es suyo) ni siquiera sepan que existe “la Francia intelectual severa y noble, la Francia que estudia y medita, la de Renouvier y Fouillée, Brunetière y Tarde” [234]. Cuando se trate de literatura de creación, citará con aprobación sólo dos nombres: “¿No cuenta acaso Francia, entre los de la generación presente, con poetas como Rostand y novelistas como Mirbeau?” [235]. Estos son los autores que habría que imitar pero, por desgracia, los jóvenes escritores peruanos eligen otros, por quienes Riva Agüero no siente el menor aprecio:

No me extrañaría que entre los escritores en ciernes hubiera discípulos de Verlaine y de Huysmans, de Pierre Louys y de Jean Lorrain, de Moréas y de Henri Bataille, de Mauricio Rollinat y de René Ghil, y adoradores de la pintura japonesa y de la impresionista (conocidas en algún libro de estampas), de los dramas de Maeterlinck, de las novelas de Mauricio Barrés y —¿por qué no? — hasta de

La enumeración es un alarde juvenil. Riva Agüero cree funesta la influencia de estos autores pero, al nombrarlos, deja sentado que los conoce: la condena se extiende a la pintura impresionista que los limeños (y entre ellos el propio Riva Agüero, que aún no ha salido del Perú) sólo pueden conocer por malas reproducciones. En la lista de autores censurables falta Mallarmé, a quien encontramos en otro lugar, mencionado despectivamente en una nota al pie de página. Al tratar de Nicanor Della Rocca Vergalo, concluye Riva Agüero:

Los literatos parisienses se han reído mucho de este pobre grafómano. Lo que asombra es que en la temporada simbolista, cuando bastó hablar incoherente y disparatadamente para sentar plaza de genio, algunos lo tomaron en serio y llegaron a declararlo precursor del decadentismo. Stéphane Mallarmé le dirigió, con motivo de la publicación de *Le Livre des Incas*, una entusiasta y laudatoria carta. *Arcades ambo*. [186, en nota]

¡Qué ironía lapidaria! El crítico de veinte años ejecuta a Mallarmé con dos palabras latinas. Por entonces otro joven escritor, el mexicano Alfonso Reyes, escribía su ensayo "Sobre el procedimiento ideológico de Stéphane Mallarmé", una de las primeras lecturas del poeta francés en América Latina, recogido luego en *Cuestiones estéticas* (1906). Esta simple indicación basta para apreciar la distancia entre los medios culturales de México y Lima por esos años y, sobre todo, la diferencia entre Reyes y Riva Agüero. Lo de menos es que ahora pensemos que, tratándose de Mallarmé, era Reyes quien tenía razón. Lo importante es que su actitud era mucho más receptiva, más propicia a la crítica: la desconfianza malhumorada ante la novedad de Riva Agüero resulta, a fin de cuentas, tan provinciana como la novelaría que reprochaba a sus paisanos. Por lo demás las ironías y violencias, las presunciones del joven limeño no tendrían mayor interés si no fuese porque, naturalmente, el verdadero blanco de los ataques estaba mucho más cerca de casa. Cuando Riva Agüero escribe el *Cardcter...*, el movimiento modernista, que en comienzo no había encontrado muchos seguidores en el Perú, era recibido entre nosotros con ese entusiasmo retrasado que tantas veces se ha repetido en la historia de nuestra literatura. A Riva Agüero este entusiasmo le parecía escandaloso:

Lo que irrita y subleva a veces, y más a menudo mueve a compasión y a risa, es aquella turba de jovencitos que, por haber pasado algunos meses en París o por chapurrar algunas palabras en francés, se echan

a componer una endiablada prosa que a veces clama por mercurio contra el *gallico morbo* que la corroe, o versos en que pululan a granel *los cisnes, los lirios, las hostias, las harpas lejanas, los sonidos vagos, los buveurs d'éther, las sinfonías blancas y el absintio*. De esta ralea literaria se halla infestada toda la América Latina. [233]

Por desgracia no es posible creer que Riva Agüero se limitaba a burlarse de los pésimos imitadores de Darío y que, al mismo tiempo, comprendía la importancia del movimiento modernista y el extraordinario valor de algunos de sus escritores. En ningún momento distingue a los maestros de los simples secuaces y su versión del modernismo no pasa de ser una caricatura. En el *Carácter*. . . nombra a dos de los mayores autores modernistas para dedicarles elogios tibios que más parecen censuras. Tratando de quienes se oponen a la orientación práctica que él desea para América Latina, observa que:

El representante más ilustre de esta escuela es un sagaz crítico uruguayo, estilista exquisito, finísimo orfebre de la prosa, José Enrique Rodó. Los consejos y exhortaciones que contiene su encantador folleto *Ariel* son excelentes para predicados en Europa o la América Sajona; pero ¡qué peregrina ocurrencia la de dirigirlos a los latinoamericanos! [262]

Aquí podría pensarse en una discrepancia intelectual, aunque calificar *Ariel* de “encantador folleto” es de una impertinente condescendencia juvenil. Frente a Rubén Darío la incompreensión será absoluta. Riva Agüero, que ha llamado *gran poeta* a Olmedo y dedicado dos páginas a citar *magistrales, bruñidos y broncíneos versos* [ 175 ] de Numa Pompilio Llona, trata a Darío de “poeta exquisito pero funestísimo maestro; admirable en sí a título de curiosidad singular y atractiva pero aborrecible como jefe de escuela” [ 233 ]. Aplicada a Darío, como a Rodó, la palabra “exquisito” es una alabanza de doble filo, como tantas veces en boca de moralistas.

Lo que se manifiesta aquí no es sólo la tendencia arcaizante de Riva Agüero sino una grave falta de objetividad. Era absurdo tratar a Darío de “curiosidad singular y atractiva”, así como omitir todo reconocimiento del modernismo que, en 1905, era ciertamente mucho más que una novelería, como pretende creerlo Riva Agüero (y aún peor, si de verdad lo creía). En el *Carácter*. . . el modernismo es objeto de ataques no muy velados y su nombre empleado sin precisión, como simple término agresivo para designar una moda indignante: “Nuestro país ha sido quizá entre los hispanoamericanos el menos

contaminado por el decadentismo y el modernismo" [ 235 ]. Como se advierte, muchas veces lo modernista ni siquiera merece una mención aparte sino que suele ir del brazo con lo decadente, y ambos no son sino una consecuencia del espíritu de los tiempos, la frivolidad del medio, el afrancesamiento de los escritores.

Contra estos vicios Riva Agüero, con grave ingenuidad, propone una serie de remedios. Conviene matizar la influencia francesa con otras imitaciones y buscar nuevos modelos en los demás países europeos; en los estudios literarios habrá que insistir en la lectura de los clásicos antiguos y modernos. Sobre todo, Riva Agüero se declara en favor de la tradición española. Esa tradición, explica, no es política, ni religiosa, ni filosófica; consiste en la lengua y en algo que no acierta a exponer con claridad, puesto que

no es sólo el estilo, sino la *forma interna de pensamiento* —si vale la frase— tan fácil de percibir como difícil de definir, y que vive intensa y potentemente en las obras españolas contemporáneas, lo propio en las de Pérez Galdós como en las de Pereda, en las de Valera que en las de Menéndez Pelayo, en las de Núñez de Arce que en las de Castelar, Echegaray y la Pardo Bazán. [249-250]

Se nota que tampoco en la literatura española estima Riva Agüero a sus contemporáneos: ninguno de estos autores, modelos de casticismo, es de la generación más reciente. Riva Agüero desconfía de los escritores en actividad; piensa que la literatura española del momento es satélite de la francesa y "al imitarla nos reduciríamos a un triste papel: imitadores de imitadores" [ 252 ]. Esto ya no parece tradicionalismo cuanto simple manía reaccionaria, menos amor por los clásicos (¿clásicos Echegaray, Pereda, Núñez de Arce?) que aborrecimiento por todo lo nuevo.

Desde su primer libro aparece Riva Agüero en el terreno de la literatura (no hablamos ahora de política) como un crítico reaccionario por su oposición al modernismo y su preferencia no por los clásicos sino por algunos autores españoles del siglo diecinueve que propone como ejemplos a los jóvenes peruanos. Esto no es tan sólo cuestión de gusto, aunque sin duda lo molestaba el afrancesamiento de los modernistas, que ofendía su casticismo españolista, sino una posición muy consciente ante la literatura y la sociedad. Una tendencia predominantemente estética como el modernismo tenía, por fuerza, que ser antipática; la debió juzgar carente de todo contenido ético o civil y ese contenido era, para él, lo más valioso del arte y la literatura. Su amigo Ventura García Calderón descubriría por entonces nuevos mundos en los libros de los simbolistas, los modernistas y otros escritores llamados, por esos años,

decadentes. Riva Agüero, en cambio, se quedó en los gustos literarios de su adolescencia, en la poesía "inspirada, sin dejar de ser correcta" de Quintana, en la grandilocuencia y la pompa de Castelar, sobre todo porque desde un comienzo se dio otras orientaciones; aspiraba a ser un historiador, quizá un político. La literatura no le interesaba profundamente y fue siempre para él un medio, nunca un fin. Al igual que muchos de sus críticos izquierdistas, que sólo quieren ver en él a un propagandista de la reacción política, Riva Agüero estaba interesado en la ideología no en la literatura.

Esta visión es la que preside el *Cardcter.* . . y no es de extrañar que, a pesar de su título, el libro valga menos como crítica que como historia de la literatura peruana, y menos como historia literaria que como ensayos dispersos sobre temas históricos, sociales o políticos que interrumpen, felizmente para el lector, el catálogo razonado y algo monótono de nuestros mediocres autores del siglo pasado. Lo mejor son seguramente las digresiones en que se pierden de vista los autores o las obras que las provocaron: el criterio empieza a hablar de lo que le interesa, su pensamiento es más ágil, su prosa más vivaz. A propósito de Felipe Pardo, por ejemplo, Riva Agüero estudia la opción entre república y monarquía que se presentó al momento de la Independencia y concluye que la instauración del régimen republicano fue un error, una de las causas del militarismo que precipitó al país en una larga serie de golpes de estado; refiriéndose a González Prada, adelanta una crítica del radicalismo y discute largamente la idea de constituir partidos de principios, es decir fundados en las creencias religiosas; al final del libro esboza una teoría de la literatura peruana pero, antes de completarla, se distrae en propuestas de política cultural y en consideraciones generales sobre el futuro del país. Todo esto es muy interesante pero tiene escasa relación con la literatura. La literatura estaba en los libros que leía Ventura García Calderón. La poesía estaba en los versos que escribía otro contemporáneo, José María Eguren. Para Riva Agüero esa poesía fue siempre incompre-